

bam  
bú

# EL HERMANO DEL TIEMPO

MIGUEL SANDÍN



Editorial Bambú  
es un sello de Editorial Casals, SA

© 2017, Miguel Sandín, por el texto  
© 2017, Editorial Casals, SA, por esta edición  
Casp, 79 – 08013 Barcelona  
Tel.: 902 107 007  
editorialbambu.com  
bambulector.com

Autor representado por IMC Agencia Literaria SL.

Ilustración de la cubierta: Ina Hristova  
Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2017  
ISBN: 978-84-8343-515-1  
Depósito legal: B-1255-2017  
*Printed in Spain*  
Impreso en Anzos, SL  
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

# I

**M**artin estaba cansado de leer y escuchar en todas partes que el siglo XXI empezaba el 1 de enero de 2001. No cuestionaba que los expertos estuviesen en lo cierto, pero a él, por razones evidentes, el año 2000 le parecía mucho más redondo. Ese era uno de los motivos por los que había adelantado su viaje a Japón; el otro, más decisivo, era que dos días antes había recibido una carta firmada por el conde de Saint Germain invitándole a compartir la Nochevieja en su mansión. Rompió al instante aquel papel en mil pedazos, guardó cuanto le cabía en una mochila y pasó muchas horas en la terminal del aeropuerto, dando vueltas como un turista extraviado para confundirse con la multitud que llegaba o salía de Los Ángeles.

El año nuevo cumplía tres horas cuando su avión tomaba tierra en el aeropuerto de Narita, en Tokio.

De no ser porque lo había anunciado el comandante, por el aspecto inconfundible de los funcionarios de la

aduana y por la grafía de los carteles, jamás hubiese pensado que se encontraba fuera de Estados Unidos. Esa sensación aumentó cuando alcanzó la calle. Tal vez fueran las luces, los coches, el ruido, pero todo resultaba occidental y deprimente para quien una vez se llamó Kotobuki.

–¿Dónde le llevo? –preguntó el taxista en inglés.

–Cualquier calle en la zona de Shinjuku me vendrá bien –respondió Martin en un japonés tan elegante que el taxista no pudo evitar girar el cuello para contemplar con sorpresa a su joven cliente, que en efecto tenía la piel clara y los ojos azules.

Puede que el paisaje, las ropas o aquel solemne transcurrir del tiempo que una vez conoció hubiesen cambiado, pero la discreción natural de los nativos permanecía intacta. El conductor le dejó donde había pedido sin hacer ninguna pregunta ni comentario.

El propósito inicial de Martin era pasar en Tokio una semana para recuperar el sonido del idioma y el sabor de las comidas pero, sobre todo, para domesticar sus recuerdos, que como una manada de bisontes asustados trotaban a lo largo de su columna vertebral; sin embargo, no es tarea sencilla regresar entero al mismo lugar donde se dejó enterrado el corazón y por eso fue aplazando día tras día el verdadero destino de su viaje, mientras ponía pequeñas trampas en la habitación para comprobar si aún le estaban siguiendo.

10 No encontró otras ocupaciones durante aquel largo mes que recorrer calles y parques, admirar las catanas en algún escaparate conteniendo los deseos de comprar una, recuperar en restaurantes perdidos los sabores que guar-

daba en la memoria y ver cada noche la televisión para renovar el idioma. Solo cuando se sintió fuerte por dentro y cansado por fuera de aquellas rutinas se atrevió a reservar hotel y vuelo hasta Kochi.

A duras penas reconoció la ciudad por sus ríos, su puerto y sus montañas, lo único que parecía haber soportado indemne el paso de los años. Lejos del alivio que esperaba, lo que encontró fue un dolor muy viejo cuando, en el lugar exacto donde una vez fue feliz, encontró una autopista con estación de servicio y restaurante. Pasó la noche navegando entre horribles pesadillas y al amanecer tomó un taxi al aeropuerto. El destino del primer avión que despegaba era Melbourne y le pareció que podía ser tan bueno como cualquier otro.

Como era ya rutina cuando llegaba a una ciudad nueva, se instaló en un hotel barato del centro, en este caso el Enterprize, una inmensa ruina con lámparas oxidadas, cortinas raídas y muy poca afición por la limpieza, pero en el que era posible dormir y desayunar por menos de veinticinco dólares australianos. Además, el gerente tuvo la delicadeza de no observarle con la suspicacia de costumbre al anotar en la ficha la edad que figuraba en su pasaporte.

Por las mañanas corría por Flagstaff Gardens y, después de ducharse en aquel cuarto de baño destartado, paseaba sin rumbo para familiarizarse con lugares que, por desconocidos, resultaban entrañables durante el instante que le llevaba imaginarse una vida allí. Por las tardes leía, miraba uno de los tres canales que sintonizaba la televisión o jugaba al ajedrez por internet con algún incauto que osaba desafiarle. Fue en uno de aquellos paseos ma-

tutinos cuando vio el cartel que anunciaba la función del Silver Circus. La idea que rondaba su cabeza le pareció ridícula en un primer momento pero como fue incapaz de librarse de ella durante el resto del día, reservó una entrada para la función de las siete y media en Nunawading, un suburbio situado a diecinueve kilómetros del centro de la ciudad. El autobús le dejó a las puertas en menos de veinte minutos y lamentó no haberlo previsto con el tiempo suficiente para alquilar una bicicleta y disfrutar del rojizo otoño australiano.

Contempló el espectáculo entre un calvo que no cesaba de masticar palomitas y un adolescente a quien resultaban más interesantes los mensajes de su móvil que los números de la pista. Martin pensó que esa indiferencia tenía su lógica. Muchas luces, mucho humo, mucho ruido y poca sorpresa.

Cuando todos los espectadores abandonaron el Burvale Hotel, Martin se dirigió al comedor suponiendo que los artistas cenarían allí. No se equivocaba. Desde una mesa alejada los espío hasta deducir quién era el director, ya que al menos cinco personas se levantaron en algún momento para acercarse a la mesa y hablar con él. Terminó su hamburguesa, pagó la cuenta y esperó hasta que el tipo se quedó solo, revisando unos papeles que sacó de su cartera. Nadie salvo ellos dos y los camareros que recogían las mesas permanecían en el salón.

**12**        –Buenas noches, ¿me concede unos minutos? –preguntó Martin, parándose frente a él con las manos en los bolsillos de sus vaqueros.

–Espero que no sean muchos –dijo el director, mirándole con un ojo sin apartar el otro de sus papeles–. Como ves, estoy bastante ocupado. ¿Qué se te ofrece, chaval?

–Esta tarde he asistido a la función y me gustaría formar parte del espectáculo.

Aquel sujeto de cara redonda y bigotillo extravagante se quitó las gafas para revisar de arriba abajo al autor de esas palabras, mientras una sonrisa irónica se dibujaba en su cara.

–¿Y qué sabes hacer? –preguntó.

–Mi especialidad son los malabares, pero también domino la hipnosis, la magia y el tiro con arco.

El director pareció dudar entre volver a sus documentos o pasar un rato divertido a costa de aquel mozalbete insolente que parecía desafiarle con sus ojos azules y su pelo castaño alborotado. Al final pareció decidirse por lo segundo.

–Eres muy joven para tener tantas habilidades.

–Nací en un circo.

–También yo y no por eso...

Sin dejar de mirarle, Martin golpeó con los dedos el borde de un plato que brincó de la mesa y aterrizó mansamente sobre su pie izquierdo. Luego, con un impulso de tobillo, el plato dio una vuelta en el aire para aterrizar sobre el derecho. Sin perder el equilibrio de aquel primero que giraba sobre el pulgar de su pie, Martin siguió recogiendo platos hasta reunir media docena, que hizo bailar entre sus manos mientras de vez en cuando los sustituía por alguno que parecía escurrirse entre sus dedos para aterrizar en las rodillas. Con el mismo ritmo empezó de pronto a cambiar

platos por copas y más tarde estas por tenedores, cuchillos, mendrugos de pan o cualquier otro objeto que hubiese sobre los manteles. Volaban sobre su cabeza, bajo su pierna izquierda, saltaban desde su espalda hasta su ombligo y regresaban allí manejados por unas manos tan veloces que apenas se veían. Uno a uno, los objetos voladores fueron cayendo al fin sobre la mesa, colocados de tal modo que parecía recién dispuesta para atender a seis comensales.

Los camareros, que habían interrumpido su tarea, le dedicaron una prolongada ovación y Martin se acercó a saludarlos. Cuando el primero de ellos alargó la mano para estrecharla, lo que encontró en su palma fue un tenedor empapado en chocolate. Sin pronunciar palabra, Martin fingió disculparse y recogió una servilleta para limpiarlo, pero al retirarla lo que el camarero sostenía entre los dedos era un vaso de agua. Martin se lo arrebató y bebió el contenido de un trago antes de devolvérselo. El empleado agradecía el detalle cuando su boca se abrió de asombro al comprobar que el vaso volvía a estar lleno.

Martin aprovechó el aplauso para plantarse delante de su principal espectador, que le observaba sin mover un músculo de la cara.

–¿En qué circo dices que has nacido?

–Uno en Rusia. Antes de morir mis padres me enviaron aquí al cuidado de una tía, pero me temo que soy una carga para ella y me odia.

–Reconozco que me has impresionado –dijo el director, mientras se acariciaba el bigote–. ¿Hay algo que no sepas hacer?

–Payaso –respondió Martin–. No tengo ninguna gracia.

–¿Cuándo podrías incorporarte?

–Desde que empezó esta conversación.

El director no tenía la impresión de estar hablando con un jovenzuelo que aún no se afeitaba, aunque eso era lo que le mostraban sus ojos. Aquello le desconcertaba.

–¿Cuántos años tienes?

–Casi setecientos –replicó Martin, tan serio que el director no pudo evitar una carcajada.

–Y luego dices que no tienes gracia... Pasado mañana salimos de gira. ¿Te supone eso un problema?

–Ninguno.

–Y tu tía ¿qué dirá?

–Lo más seguro es que me haga la maleta y después encargue una botella de champán para celebrarlo.

–Mañana tenemos dos funciones aquí, una por la mañana y otra por la tarde. Pásate a verme después de cualquiera de ellas y hablamos del contrato y todo lo demás.

–Perfecto –dijo Martin ofreciendo su mano, que el director no estrechó.

–Es que no sé lo que va a salir de ahí –explicó, y empezó a reír con alegría de su ocurrencia–. Por cierto, ¿cómo te llamas?

–Martin Smith.

–Ese no es un apellido ruso.

–Mi padre era irlandés.

–Ahora entiendo lo del acento.

No fue fácil al principio. Los artistas de circo, como los artistas en general, son celosos de su originalidad y no aceptaron con entusiasmo a un recién llegado, para ellos

un mocos, que podía reproducir cualquiera de sus números, e incluso superarlo, con una facilidad asombrosa. Los únicos que desde el primer momento le mostraron simpatía fueron, quizá por la misma razón, los payasos y los motoristas de la esfera de metal, el número fuerte del Silvers. Tres tipos rodando en moto dentro de una jaula esférica por la que circulaban a toda velocidad rozándose los manillares sin llegar a tocarse jamás. Scott, el mago, era el más distante; sus trucos de cajas en las que desaparecían ayudantes o las palomas que hacía volar entre sus manos resultaban muy llamativos para el público, pero no demasiado originales para Martin. Nunca le dijo nada, pero el mago era consciente de que conocía a la perfección la mecánica de cada engaño. Por eso apenas le dirigía la palabra.

Hasta que acabó el primer verano compartió caravana con los técnicos y montadores, pues el resto de artistas tenían la suya propia, ganada por antigüedad o méritos, nada que a Martin le preocupase demasiado. Había pasado noches en lugares que ninguno de ellos podría imaginar. De hecho, la convivencia con aquellos tipos naturales y sencillos, más preocupados por su trabajo que por su nombre, le resultaba muy agradable. Alguna mañana, ya hiciera lluvia, sol o viento, los ayudó a levantar las columnas de la carpa y a extenderla después.

Con mucho talento y diplomacia, Anton, el director, terminó por asignarle una caravana propia y le fue introduciendo en el espectáculo poco a poco. Primero, con el encargo de amenizar el tiempo entre un número y otro a costa de recoger con juegos malabares los objetos que los payasos, el mago o los domadores dejaban abandonados

en la pista. Luego, ofreciéndole un número que mezclaba el malabarismo con la magia, de modo que no se convertía en competidor de ninguno de ellos y, si alguien enfermaba, salvo que fuera un payaso o un motorista, Martin lo sustituía con eficacia sin tratar nunca de mejorarlo. Conocía de sobra las ventajas de su aspecto aniñado y lo utilizaba en su provecho, de modo que sin apenas pretenderlo se fue convirtiendo en amigo y confidente de casi toda la *troupe* mientras conocía cada palmo de la Australia más profunda, con esporádicos saltos a Nueva Zelanda, Nueva Guinea o incluso las islas Salomón, donde sobrevivieron a un pequeño tsunami.

Para quien carece de familia, un circo puede resultar el sustituto perfecto, porque las horas compartidas son muchas, los constantes viajes y las adversidades obligan a preocuparse de otros y a necesitar que los otros se ocupen de ti. Cada día gira en torno a la función, antes de ella por los nervios y después por las anécdotas, comentando los errores que el público no aprecia, sus reacciones imprevistas. En el circo cada día es una vida en miniatura y eso a Martin le entusiasmaba. Además, llegó a entablar una amistad especial con Jimmy, el malabarista capaz de mantener en el aire siete pelotas de tenis al mismo tiempo, y con Gipsy Gómez, la acróbata que podía mover una docena de aros alrededor de su cuerpo mientras rodaba con los pies sobre un balón plateado.

Terminó por sentirse cómodo en el Silver Circus, tanto como ya ni recordaba. Eso, que para el resto de las personas supone la fuente de la felicidad, representaba para él un serio problema, pues no podía pasar demasiado tiempo

en un mismo lugar sin que alguien se percatase de que mantenía invariable su estatura, su aspecto barbilampiño y su cara de adolescente. La voz de alarma la dio esta vez Yolanda, una trapecionista uruguaya muy amiga de Gipsy Gómez, a la que había descubierto espiándole en más de una ocasión.

–Mira que es resultón el pibe. Estaba esperando que se hiciera un hombrecito para seducirle, pero han pasado dos años y sigue pareciendo un nene.

Martin andaba cerca, pero como ellas no suponían que hablaba español, continuaron su conversación sin disimulo.

–Es un encanto –dijo Gipsy–. He conocido a hombres hechos y derechos que no valen ni la mitad, pero tan crío...

Había escuchado esas palabras, o muy parecidas, demasiadas veces para no entender la amenaza que ocultaban. Más temprano que tarde, su aspecto empezaba a despertar recelo a su alrededor, y ese era el momento exacto para desaparecer. En ocasiones era un alivio, y en otras, como esta, una verdadera lástima, porque se había encariñado con la gente del Silver y, además Yolanda, la trapecionista, era una mujer encantadora.

La mayoría de las veces se marchaba como un espectro sin dejar rastro alguno, como si nunca hubiera existido; en cambio, ahora quería despedirse de la que había sido su familia durante dos años y no merecía un desprecio así. Tan solo necesitaba una buena excusa.

Pero no le dio tiempo a encontrarla.

**18** Habían terminado una función de tarde en Toowoomba, la ciudad jardín de Australia, en la que Yolanda cayó dos veces del trapecio a la red. Después de la cena colectiva

que Anton organizaba en cada estreno, mientras se dirigía a su caravana Martin advirtió que no caminaba solo, quizá fuese el crujido de alguna rama o un olor diferente que no procedía de las flores ni de los animales del circo.

Volvían, los muy perros. Cuando se ha sido presa durante tanto tiempo los sentidos se afinan para percibirlos. Una sombra salió a su paso y un segundo más tarde lo hizo el cuerpo que la causaba. Resultó ser un anciano de aspecto indefenso que sostenía un mapa entre las manos.

–Disculpe, jovencito –dijo acercándose a él–. Después del espectáculo me he entretenido dando una vuelta por los alrededores del circo y creo que me he perdido. ¿Sería tan amable de indicarme cómo puedo llegar hasta la parada del autobús?

El abuelo no dejaba de mover las manos señalando su mapa. Martin sabía que en situaciones así donde conviene mirar es a los ojos, pero los del anciano apuntaron de pronto por encima de su hombro izquierdo. Se agachó de inmediato para impulsarse y rodar hasta ver qué tenía a su espalda. El viejo caía en ese instante con un dardo en mitad del pecho. El tipo que había disparado contemplaba la escena con la boca abierta y el arma en la mano. Trataba de cargarla de nuevo, pero Martin tuvo tiempo de acercarse a él y dejarlo inconsciente con un golpe seco en el cuello. Nunca eran solo dos, así que buscó refugio tras el árbol más próximo y esperó un nuevo ataque, pero nada sucedió.

Con la excusa de la muerte imprevista de un familiar, dejó una nota llena de disculpas y recuerdos en su caravana, encargó un taxi y pidió que le llevase al aeropuerto más cercano.

## Arde Magennis

**E**l frío sigue entrando por los resquicios del tejado y el viento sacude las maderas de las ventanas con tal violencia que hasta las ovejas parecen inquietas. Michael las oye corretear de un lado a otro del establo y balar sin descanso como si se comunicasen sus temores. Junto al fuego, en cambio, la humedad se nota menos y acurrucado allí se siente bien, mientras sigue con los ojos los movimientos de su madre avivando las ascuas o removiendo el perol, que inunda el aire de un agradable olor a pescado y verdura caliente.

Sin darse cuenta, le ha encogido el corazón el recuerdo de su hermano Aidan. Y de padre. Meses después, aún espera verle abrir con el pie la puerta de la casa cargado de troncos, rodear a su madre por la cintura para darle un beso y a él un cariñoso manotazo en el hombro antes de sentarse a la mesa con un vaso de cerveza para maldecir a los ingleses, que no contentos con haber ocupado Lordship, Ormond, Hildare y Desmond, ahora el rey tomaba

The Pale como si fuera su jardín. Quizá es lo último que le oyó decir antes de anunciarles que Aidan y él se marchaban a la guerra contra esos malnacidos. Mientras él viviese, el suelo de Irlanda que ocupasen sus pies nunca sería inglés. Aidan asentía a su lado, orgulloso con su espada en la cintura como si fuera todo un hombre, mientras él se moría de envidia y rabia por ser tan joven.

–¿Hoy has estado otra vez con el pequeño de los Neligan? –pregunta su madre, sacándole de la ensoñación.

–Coincidimos con los rebaños en Clarington Hill.

–Ya, pues no me gusta nada ese chico. Si quieres que te diga la verdad, no me gusta ninguno de los Neligan.

–¿Porque su abuelo era inglés?

Ailyn detiene bruscamente su quehacer y encara los ojos azules de su hijo.

–Algunos de ellos creen que por mezclar su sangre con sangre irlandesa ya pertenecen a la isla, pero están muy equivocados. Tuvieron que reunirse diez de ellos para acabar con tu padre y tu hermano en una sucia emboscada, y te aseguro que van a ser necesarios más, muchos más, para acabar contigo, si alguna vez lo consiguen.

–Te juro que los vengaré, madre, en cuanto cumpla los diecisiete y pueda...

–No es de los ingleses de quien quería hablarte, sino de ti –le interrumpe Ailyn sentándose frente a él–. Escucha...

Michael extiende las palmas hacia el fuego como si el calor le permitiese recibir de mejor modo el reproche o el consejo que espera. Conoce a su madre y sabe que no bromea cuando inclina las cejas de ese modo. La mira con atención esperando escuchar algo importante, pero en cuanto Ailyn

abre la boca parece convocar a todas las ovejas, que corren de pronto de un lado a otro del establo como si de pronto quisieran echarlo abajo. Michael vuelve la cabeza hacia la pared y entonces oye algo nuevo, distinto, no es la tormenta, está seguro. Parece más bien que los bosques hubieran expulsado a todas sus criaturas malignas y estas se dirigiesen directamente hacia la casa.

–¿Qué pasa, madre? –pregunta a una silla vacía cuando regresa la mirada.

–Que esta noche arderá Magennis –responde su madre desde la puerta.

–¿Cómo?

–Michael, tienes casi diecisiete años y mucho me temo que esta sea la última orden que voy a darte como madre. Júrame que vas a obedecer.

El ruido de las criaturas está ya tan próximo que Michael a duras penas puede oír las palabras de Ailyn.

–Pero ¿qué está pasando? –repite en un grito para hacerse oír.

–Júrame por la memoria de tu padre que vas a obedecer –replica ella gritando aún más.

–Lo juro –responde él, sin entender todavía por qué a su alrededor el mundo ha adquirido de repente ese aire de pesadilla.

–Atento, porque solo voy a decírtelo una vez. Lloro como un niño hasta que puedas correr como un animal y después actúa como un hombre.

–Yo...

–Te quiero, Michael –le interrumpe ella para besarle–. Ahora, ya puedes empezar a llorar.

Apenas termina de pronunciar estas palabras, un golpe seco restalla contra la puerta de la casa, que cruje y se balancea sobre sus goznes. Las criaturas están fuera. Michael no tiene la menor duda y, aunque se esfuerza en llorar, una parte de su mente está pensando dónde puede encontrar una espada.

–Abran de inmediato a la autoridad o derribaremos la puerta.

–Llora –susurra Ailyn a su hijo antes de abrir.

En el quicio se dibuja la figura de Ted Neligan alumbrado por la antorcha que lleva en la mano. Detrás de él, una manada de encapuchados con teas hace retumbar el suelo con un ritmo diabólico.

–¿Ailyn O’Muldarry? –pregunta Ted Neligan.

–¿Qué pregunta estúpida es esa? De sobra sabes quién soy. Lo que yo no sabía es que tú eras la autoridad.

–Tus tierras quedan bajo los dominios del duque. Él en persona me ha enviado para comunicarte que pesa sobre ti una acusación firme de brujería por parte del condado de Magennis. Hay testigos de esas prácticas.

–Y ¿alguno de esos testigos está aquí presente? –grita ella, avanzando un paso hacia el tropel, que retrocede como un solo cuerpo atemorizado.

Michael vuelve a preguntarse dónde hay una espada y en un instante calcula las posibilidades que tendría de quemar la cara de Ted Neligan si lograra acercarse a la antorcha a sus barbas. A punto está de abalanzarse sobre él cuando recuerda el juramento realizado a su madre y, acurrucado en un rincón, comienza a gimotear como un bebé indefenso.

–Mi deber es comunicarte que la sentencia ya ha sido dictada y estamos aquí para ejecutarla –dice Neligan–. Lo único que puede aliviar tu condena es que confieses los cargos de manera voluntaria.

–Bien, pues ante los testigos confieso que eres un perfecto bastardo que solo codicia mi hacienda. Por eso me pediste en matrimonio la semana pasada y, como te rechacé, has buscado esta sucia estratagema para conseguirla. ¿Acaso le has dicho al duque o a estos pobres ingenuos que hace apenas unos días te arrodillabas a mis pies para que te aceptara como esposo?

–Estrategias de bruja. ¡Apresadla! –brama Ted Neligan y, a su gesto de mano, cuatro encapuchados invaden la casa para reducir a Ailyn, que no opone más resistencia que su desprecio–. ¡Y al mocoso también!

Michael acaba de recordar sin pretenderlo dónde guardó su madre la espada, pero basta una fugaz mirada suya mientras le están atando las manos para que él se abandone al juramento y siga intentando disfrazar de lágrimas el odio que le invade por dentro. Siente que ese odio pesa más que su cuerpo cuando le arrastran por el suelo dos hombres a los que podría reconocer por el olor de sus brazos y que ayer mismo le saludaron por su nombre junto al molino.

–¡Soltad a mi madre! –gime Michael, tratando en vano de liberarse de la tenaza que comprime su pecho.

–Abrid las puertas del establo para que salgan los animales y después prended fuego a la casa –ordena Neligan.

Retenidos a unos pasos de su hogar, madre e hijo son obligados a contemplar cómo las llamas comienzan a de-

vorarlo mientras las ovejas y las gallinas huyen en furiosa desbandada.

–Si mi padre estuviera aquí, os arrancaría la piel uno a uno –asegura Michael, escupiendo las palabras antes de recibir un brutal manotazo que le incrusta la cara en el barro.

Ante los ojos de Michael, a ras de suelo, transitan pies de un lado a otro y alguna pezuña que levanta el agua de los charcos. En ellos se refleja la luz roja del fuego que escapa por las ventanas de la casa. El resto de sus sentidos está embotado por el humo y las voces que no cesan. Ya no puede pensar ni sentir. Ahora, de verdad, llora como un niño.

–¿Ejecutamos aquí mismo la sentencia, reverendo?

–Por mí, de acuerdo. Cuanto antes acabe todo esto, mejor.

A una orden de Neligan, la cuadrilla de encapuchados comienza a apilar junto al huerto leña seca que traen del cobertizo. Dos de ellos clavan, en el centro, un madero alto y grueso. Michael, sujeto por el cuello como un perro, busca a su madre, y a duras penas consigue reconocer el bajo de su vestido.

–Os mataré a todos –ladra antes de recibir un nuevo pescozón.

–Suerte tienes de no ser una chica o arderías junto a tu madre –dice su guardián–. Ya se sabe que este mal lo heredan las mujeres.

–Suerte tienes tú de que no tenga una espada en la mano –responde Michael antes de besar la tierra de nuevo.

Cuando la garra que le atenaza levanta la cabeza del suelo tirando de sus cabellos es para mostrarle cómo su madre es atada a ese mástil gigantesco y dos teas son arro-

jadas sobre la leña seca. Por cada una de ellas, se levanta una lengua de fuego que rodea aquel cuerpo amado.

–¿Te arrepientes?

–De nada, reverendo.

–Arderás en el infierno, maldita bruja.

«Hasta que puedas correr como un animal». Michael entiende en ese preciso instante el significado de aquellas palabras. No quiere que este sea el último recuerdo que conserve de su madre y, aprovechando que tal vez pendiente del espectáculo el vigilante ha relajado la guardia, levanta bruscamente la cabeza hasta golpearle en la barbilla. No puede verlo, pero sabe que el tipo ha caído de espaldas porque escucha un gemido, el golpe contra el suelo de algo parecido a un fardo de cebada, y su cuello está libre. Entonces, como si se hubiese soltado el resorte de una catapulta, sus músculos se disparan y corre.

Con toda la energía de su rabia concentrada en las piernas, empuja un cuerpo, tropieza con una gallina, rueda y se levanta de nuevo. La única dirección es la que le marca el espacio por el que puede seguir corriendo.

–¡Coged al chico! –oye que grita la voz de Neligan.

El brazo izquierdo extendido para no chocar con árboles ni tapias, el derecho abriendo el aire para tomar impulso, Michael trata de encontrar en las sombras alguna referencia para orientarse. Pendiente solo de escapar, ni siquiera sabe hacia dónde se dirigen sus pasos. Es una suerte que haya empezado a llover de nuevo, porque eso complicará el avance de sus perseguidores, más pesados, a través del barro. Es lo que piensa sin dejar de correr, caerse y levantarse como si sus piernas tuviesen vida propia. Teme

encontrar bajo sus pies en cualquier momento el vacío de los acantilados, pero de repente la noche se ha vuelto más oscura si cabe, y no son peñascos sino árboles las formas que le rodean. Sin duda ha llegado al bosque de Lam, donde solo se aventuran los más pobres para conseguir frutos silvestres, leña o caza furtiva.

El aire empieza a faltarle y pasa por su cabeza la idea de subir a las primeras ramas que encuentre para descansar a salvo. Al intentarlo, la corteza del tronco al que intenta trepar se resquebraja cuando pone el pie, descubriendo un hueco en el que cabe su cuerpo. No lo duda. Se introduce y recubre la entrada con barro, hojas y musgo. Apenas puede moverse allí dentro, la humedad le hace tiritar y le preocupa no saber si ese silencio se debe a que han perdido su pista o a que el tronco aísla los sonidos. Lo que tiene claro es que no podrá disponer del tiempo necesario para escapar si le descubren.

Cuando despierta, el sol ya ha salido, aunque no resulta fácil verlo entre el follaje, y gracias a él sitúa la posición del mar. Así sabe qué dirección debe elegir. La opuesta a su casa. El viento sopla del sur, de modo que si han sacado los perros no captarán su rastro. Además, camina procurando que las pisadas caigan en suelo duro, sobre el que no quede huella, y avanza saltando de raíz en raíz o buscando las pocas piedras que encuentra. Cada cosa que le parece comestible por su aspecto se la lleva a la boca, incluidos los huevos que roba de algún nido, y de tiempo en tiempo se detiene a escuchar si aún le siguen, pero no llega nada distinto de los pájaros y la brisa agitando las hojas. Como un trofeo, guarda una rama afilada y resistente que le ofrece

la seguridad de que, si le atrapan, al menos uno de aquellos miserables caerá con él. «Ojalá sea Neligan», dice para sí, pendiente del mar que sigue a su derecha.

Nunca hubiera imaginado que el bosque de Lam fuese tan grande. Michael tiene la impresión de llevar días entre los árboles cuando, un instante antes de apoyar el pie, cae en la cuenta de que eso que va a pisar no es una raíz, a no ser que las raíces se muevan en este bosque. Pero ya es tarde. Apenas tiene tiempo de ver cómo se aleja la serpiente que le ha clavado los colmillos en el talón. El recuerdo de su madre se mezcla con la desesperación y el veneno para hacerle seguir caminando antes de que todo alrededor se vuelva amarillo, antes de hacerse negro y lejano.

Cuando recuperó el conocimiento, Michael se encontraba tendido en un jergón, frente a unos ojos azules y saltones que le observaban con dulzura. A su alrededor las paredes eran blancas, sin otro adorno que un crucifijo tras la cabeza rapada que seguía observándole con curiosidad.

—¿Dónde estoy? ¿En el cielo? —preguntó, mientras los recuerdos de la triste noche anterior se abrían paso en su cabeza como los rayos de sol tras una tormenta de primavera.

La boca medio desdentada sonrió de buen grado.

—Ojalá —dijo—. Todavía no, pero de algún modo estás en la antesala. Bienvenido al monasterio de Warrenpoint.

—Y ¿qué hago aquí?

**28** —Durante muchas horas, dormir. Salí esta mañana a buscar moras en el bosque y lo que encontré fue un muchacho desmayado. Ya soy viejo, pero aún tuve fuerzas

para cargar contigo. Pesas casi lo mismo que un saco de rábanos.

El bosque. La serpiente. Michael dirigió toda la atención hacia su pie temiendo no poder moverlo o, peor aún, que no estuviese allí. Pero estaba, y parecía moverse sin problemas al capricho de su voluntad.

–¿Me han curado la picadura de la serpiente?

–¿Serpiente? Hijo mío, debes haberlo soñado, porque te aseguro que las serpientes del bosque de Lam no tienen por costumbre dejar heridos.

–Me mordió en el talón.

El monje examinó su pie y luego meneó la cabeza.

–Lo que yo digo, has soñado. No tienes ninguna marca. ¿Te importaría decirme quién eres y qué hacías solo en el bosque?

Michael cerró los ojos, y se tomó unos segundos para encontrar una mentira convincente. Decirle a un monje que su madre había sido acusada de brujería desde luego no era la mejor respuesta.

–Los piratas, señor. Llegaron de madrugada arrasándolo todo. Mi padre intentó hacerles frente y lo mataron. De mi madre no sé nada, me dijo que huyera a través del bosque y eso hice hasta que una serpiente me atacó. Lo último que vi fue la casa en llamas.

El monje se santiguó con la mano derecha mientras con la izquierda apretaba con ternura el pie que aún estaba fuera del jergón.

–Pobre niño. Aún no me has dicho tu nombre.

–Martin Smith –dijo Michael, porque era el más común que se le ocurrió en ese instante.

–¿No habrás soñado todo eso que me cuentas, igual que lo de la serpiente?

–Todo lo que le he dicho es cierto, reverendo.

–Bendito sea Dios. ¿Tienes hambre?

–Creo que sí.

–Pues estás de suerte, porque se acerca la hora sexta y hoy he visto que el padre James preparaba bacalao con garbanzos. Es un cocinero excelente. ¿Tienes fuerzas para levantarte?

Michael trató de incorporarse y le sorprendió descubrir que su cuerpo respondía a la perfección, como si la carrera alocada por el bosque, la picadura de serpiente e incluso la muerte de su madre fuesen recuerdos que otra persona le hubiese contado mucho tiempo atrás. Sentía el dolor en la memoria más que en el corazón, y no era capaz de comprender la causa.

–Así me gusta –exclamó el monje–, con energía. Yo soy el padre Robert, aunque todos me llaman Bob. Venga, antes de comer te presentaré al resto de hermanos, porque es nuestra costumbre no hablar durante la ingesta de alimentos –añadió con la mano extendida para ayudarle.

Michael, ya medio convertido en Martin Smith, le siguió a través de un claustro inmenso, en cuyo patio crecían abetos, orquídeas, caléndulas y todo tipo de plantas organizadas en torno a un arriate de lavandas en forma de cruz.

–Es muy bonito –dijo.

–Son las cosas del padre Peter, nuestro superior. Se comunica con las plantas mejor que con nosotros. Mira, esta

ninguno sabe que te has levantado –sonrió el monje, como si le contara una travesura.

Desde luego, fue una sorpresa. Sobre todo para Michael, que se encontró de pronto frente a una docena de monjes observándole igual que si hubiese aparecido una criatura de otro mundo.

–Buenos días –tartamudeó, agachando la cabeza ante tanta gente ilustre.

–Se llama Martin Smith –dijo el padre Bob, como si indicase la especie a la que pertenecía–. Dice que los piratas asaltaron su aldea, mataron a su familia y quemaron su casa. Por lo visto, él pudo escapar a través del bosque de Lam y cree recordar que una serpiente le mordió.

Como un solo hombre, todos los monjes hicieron la señal de la cruz. Después, entonaron al unísono una plegaria en aquel idioma extraño que Michael escuchaba en la iglesia los domingos que su madre le llevaba.

–Come ahora para reponer fuerzas. Luego hablaremos con calma –le dijo uno de ellos, más alto y delgado que el resto.

Michael no recordaba haber probado nunca el bacalao, pero desde aquel instante en la memoria de Martin aquel sabor quedó para siempre asociado a la soledad y la tristeza.

Terminada la comida, el padre Peter le puso un brazo sobre los hombros y le condujo a través del claustro hacia una dependencia, adosada a la iglesia, a la que se refirió como «nuestra pequeña sala capitular». Michael no entendía el significado de aquellas palabras, pero se dejaba llevar. No le pasó desapercibido el detalle de que el padre Peter

mirase de reojo el arriate de lavanda con el mismo gesto que ponía su madre al observarle cuando creía que él no se daba cuenta.

La pequeña sala capitular resultó ser un recinto más grande que el establo y su casa juntos, solo que de piedra, con dos grandes bancos de madera situados uno frente a otro. El padre Peter se sentó en el extremo de uno de ellos mientras Michael admiraba aquel espacio, y después, con un gesto de mano, le indicó que se acercara.

–¿De dónde vienes? –le preguntó.

–De Mac Artane –mintió Michael, porque fue la primera aldea costera que le vino a la cabeza.

–A veces los campesinos nos hablan de ataques de piratas, pero esta vez no tenía noticia. Sucede de cuando en cuando. Esos malditos diablos del norte llegan, arrasan con todo lo que encuentran a su paso y desaparecen en el mar. Parece que esta vez os ha tocado.

–Así es, señor.

–¿Tienes familia que pueda hacerse cargo de ti?

–No, señor.

–No me llames señor. En todo caso, padre. Dime, ¿sabes leer?

–No, se... Quiero decir, no, padre.

–¿Has sido educado en la religión cristiana?

–Sí, señor padre. Cuando no era temporada de cosecha ni tenía que hacerme cargo del ganado, mi madre nos llevaba a misa a mi hermano Aidan y a mí.

**32** El padre Peter miró el infinito con media sonrisa flotándole en la cara. Parecía estar leyendo en el aire las palabras que estaba a punto de pronunciar.

–Si no tienes ningún lugar a donde ir, puedes quedarte aquí una temporada. No te estoy pidiendo que te hagas monje, solo te ofrezco este lugar de retiro y oración para que pongas en orden tu alma y te tomes el tiempo necesario para decidir tu futuro. Además, te enseñaré a leer y a escribir en gaélico, inglés y latín; también música, teología y matemáticas. Eso te será de gran ayuda si algún día decides regresar al mundo exterior... Aquí solemos llamar así al lugar donde vivías.

La temporada en el monasterio de Warrenpoint se prolongó casi cinco años, en los que Michael, convertido ya en Martin, se comportó como un perfecto novicio. Se levantaba cada día antes del amanecer para rezar maitines; luego daba de comer a los animales de la granja, tarea que el padre Peter le había asignado por su experiencia, y regresaba con la salida del sol a la iglesia para celebrar laudes, una misa compartida por todos los monjes. Hasta la hora sexta, momento previo a la comida, limpiaba el gallinero, recogía los huevos, sacaba de paseo a los cerdos y ordeñaba la pareja de vacas. Dirigía estas tareas el padre Frank, el monje responsable de la granja, un anciano recio y noble, de nariz y abdomen prominentes, que se empeñaba en disimular su bondad natural refunfuñando por cualquier motivo. Al principio, a Martin le irritaba su actitud, pero no tardó mucho en comprender que aquella era su curiosa forma de demostrar cariño.

Después del almuerzo, iba con el padre Peter a la biblioteca y durante meses fue aprendiendo primero a leer y a escribir en gaélico gracias a los poemas de Kildare; luego

en inglés, idioma por el que, sin confesarlo nunca, el padre Peter parecía mostrar el mismo desprecio que él.

–Te será muy útil –decía para animarle.

El latín, en cambio, le parecía fascinante y en pocos meses llegó a ser capaz de traducir párrafos enteros. Le maravillaba, sobre todo, enfrentarse a uno de aquellos textos indescifrables y, aplicando las normas que el padre le enseñaba, llegar a comprender su significado. Con frecuencia llevaba a su celda algún manuscrito y lo traducía al gaélico hasta bien entrada la madrugada. Desde hacía algún tiempo había empezado a notar que, aun durmiendo solo un par de horas, despertaba ágil y fresco. En sus ensoñaciones llegó a creer que esa serpiente no le había inyectado veneno, sino que, enviada por su madre, le había inyectado una poción mágica que le volvía inmune al cansancio y la enfermedad.

–Eres el novicio mejor dotado que he tenido en muchos años –le decía complacido el padre Peter cuando él le mostraba su trabajo–. Sobre todo para la música, todo hay que decirlo.

En efecto, el arpa parecía una prolongación de su cuerpo y sin el menor esfuerzo memorizaba las notas que después reproducía como si en ese mismo instante brotasen de su interior. Las matemáticas le gustaban si la tarde estaba lluviosa, y la teología le resultaba un aburrimiento soberano, pero perseveraba en su aprendizaje aunque no fuese más que por agradar al padre y recibir sus felicitaciones. Cuando el monje le preguntaba por su sentimiento religioso, Martin respondía con evasivas y nunca le confesó que su mayor deseo era aprender a manejar una espada para atravesar el corazón del asesino de su madre.

La vida en el monasterio era tan rutinaria que, tiempo más tarde, al recordarla, tenía la impresión de haber vivido el mismo día mil veces repetido. Puede que por esa misma razón no tuviese ninguna prisa en abandonarlo pero, como ya empezaba a ser costumbre en su corta existencia, todo se torció de pronto cuando menos lo esperaba. La causa resultaron ser esas extrañas anomalías que desde hacía meses iba notando en su cuerpo, las mismas que, sin saberlo entonces, iban a causarle tantos problemas durante años. Demasiados años.

El padre James, que además de la cocina se encargaba de la enfermería, fue el causante de todo aquello y Martin no supo nada hasta que el padre Bob le advirtió. Tal vez por ser él quien le había encontrado en el bosque, se sentía responsable.

Era noche cerrada y andaba enfrascado en una traducción cuando oyó unos golpes, suaves pero insistentes, en la puerta de su celda. Cuando abrió, apenas pudo ver el rostro sofocado del padre Bob colarse dentro a toda prisa para sentarse en el jergón frotándose las manos, y el frío no era intenso.

–¿Pasa algo, padre?

–Quiero pensar que no –dijo, con una sonrisa nerviosa–, pero el caso es que estoy un poco preocupado... por ti.

–¿Por mí?

–¿Tú te sientes bien? –preguntó el monje, enseñando su dentadura con dos huecos simétricos.

–¿En Warrenpoint? Sí, me he acostumbrado al mal humor del padre Frank en la granja y aprendo muchas cosas con el padre Peter. Supongo que si al final decido no ser monje tendré que marcharme, pero...

–No me refería a eso, hijo –meneó la cabeza como si apartase un insecto molesto–. Quiero decir si estás bien por dentro, tu salud... Vaya, contigo mismo.

–Pues, creo que sí. ¿Por qué no habría de estarlo?

El padre Bob tomó aire, dejó de frotarse las manos para depositarlas sobre su regazo y le miró con los mismos ojos azules y saltones que le recibieron cuando despertó en el monasterio.

–Hace casi cinco años que te encontré tirado en el bosque de Lam y te traje aquí... Cinco años es mucho tiempo, sobre todo a una edad como la tuya, pero el caso es que desde hace casi tres no has crecido ni un centímetro, Martin, ni un pelo asoma en tu cara, tu voz no se ha vuelto más grave, cuando todos enfermamos por comer aquel guiso de cerdo en mal estado tú seguías lozano como una amapola para cuidarnos... ¿Entiendes lo que quiero decir?

–No, padre Bob –mintió con su gesto más inocente.

–Hay rumores –dijo el fraile bajando el tono de voz–. Rumores muy sombríos. El padre James ha escrito un informe sobre ti para el padre Peter y no me preguntes cómo ha caído en mis manos porque no te lo voy a decir. Pero algo sí debes saber, y es que el padre James atribuye esa falta de desarrollo en tu cuerpo a fuerzas sobrenaturales..., y no benignas precisamente.

–¿Qué quiere decir? –preguntó Martin, cada vez más preocupado por las palabras y la actitud del padre Bob.

–Aunque habla gaélico a la perfección, el padre James no es irlandés –confesó el padre Bob, bajando tanto el tono que Martin tuvo que acercarse para escuchar sus palabras–. Llegó aquí desde un monasterio franciscano de Oxford y,

según nos dijo, allí estudió alquimia con un monje llamado Roger Bacon... ¿Tú sabes qué es la alquimia?

–Algo me enseñó el padre Peter. Es lo que hacen los que pretenden convertir otros metales en oro, ¿no?

–Sí, y también buscan el elixir de la eterna juventud, es decir, la fórmula para no envejecer. Y es ahí donde entras tú. El padre James es muy meticuloso y ha anotado tu estatura y tu peso en las revisiones que nos hace cada año en la enfermería.

–¿Y...?

–Pues lo que te he dicho, ni un cambio desde hace tres años. Además, dice haber investigado por los alrededores y asegura tener pruebas de que ningún barco vikingo atacó Mac Artane en las fechas en las que te encontré. Incluso... –su voz se quebró en este punto y con un gesto de mano indicó a Martin que le diese tiempo a recuperarse–. Incluso sostiene que por esos mismos días una bruja llamada Ailyn fue quemada en Magennis y su hijo escapó sin dejar rastro. Está convencido de que ese chico eres tú, Martin.

Pálido como un espectro, Martin se arrodilló a los pies del padre Bob para contarle en confesión toda la verdad y las razones por las que hasta ahora había mentido.

–De que mi madre no era una bruja, estoy seguro. De los motivos por los que mi cuerpo no se desarrolla, no tengo la menor idea. Yo siempre he pensado que la culpa la tenía la serpiente –concluyó entre sollozos.

–Como sacerdote, te absuelvo de todos tus pecados –respondió el padre Bob colocando la mano sobre su cabeza–, y como padre que te quiere como al hijo que nunca tendré, aunque seas el mismo demonio, debo advertirte

que el hermano James es igual que un sabueso, nunca pierde el rastro de una presa, y el tuyo, con brujas y serpientes por medio, es muy fácil de seguir... ¿Entiendes lo que te digo?

–Y ¿qué puedo hacer, padre Bob?

–Lo primero, marcharte. Este ya no es un lugar seguro para ti.

–Pero...

–Tienes que abandonar Irlanda cuanto antes y la única forma de hacerlo es en barco, así que enrólate como grumete en la primera nave que encuentres y que el Señor te ayude. Entretanto, yo lo haré por Él dejando abierta esta noche la cancela del monasterio.

–Gracias por todo, padre Bob. Creo que con esta es la segunda vez que le debo la vida.

–Lo único que me debes es un abrazo, y Dios quiera que la suerte te acompañe, porque me da en la nariz que no lo vas a tener fácil.

Martin sustituyó el hábito de novicio por las ropas de labrador con las que escapó de su casa. Y se hubiera ido del monasterio igual que llegó si el padre Bob no hubiese dejado, junto a la cancela abierta, un hatillo con fiambre y queso.